

dignidad nacional por Napoleón. Pero Grecia no sucumbió, resistió un año y otro año, y los hombres, informados por el espíritu del siglo, acudieron en su socorro; la influencia revolucionaria del movimiento helénico data desde el momento en que, ora Alemania, ora Inglaterra, ora Francia, se encargaron de su triunfo por medio del esfuerzo individual, que representaba la más enérgica é intransigente protesta que pudiera formularse contra el orden de cosas establecido en Europa por la Santa Alianza.

«Chateaubriand entonces predijo que la obra de los diez últimos años sería destruída; que los días de la restauración, propiamente dicha, estaban contados, y que iba á principiar una nueva era política...

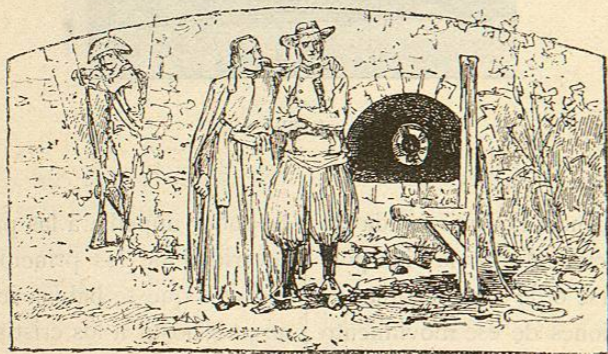
»De consuno con el desenvolvimiento de la política griega del gabinete francés, principió la Francia á despertar de su letargo político, y el sistema del realismo, enemigo de las luces, vióse batido en brecha. Por esto Metternich creyó que la suerte de la monarquía iba á ser de nuevo puesta en cuestión y preveyó una catástrofe inminente en el interior de Francia; catástrofe que no podía coincidir de una manera más funesta con la crisis por la que pa-

saba Europa en el campo general de la política.

»Gentz preveía que esta victoria de la revolución produciría una disolución de las condiciones políticas de todos los Estados de Europa. Metternich sentía temblar el suelo bajo sus piés, de manera que su sistema había de salir quebrantado. Así, en el mismo momento en que se vanagloriaba delante del gabinete de Berlín de la fuerza de resistencia de su política conservadora, que era sólida como una roca, confesaba que estaba lleno de terror, viendo á toda Europa minada por un fuego subterráneo; y añadía: «pero á nadie le es dado resistir á un terremoto.» En cuanto se enteró del contenido del tratado de Julio, cuyo resultado había de ser á sus ojos, la independencia de Grecia, llamó á la conclusión de ese tratado, «un suceso que completara el triunfo de una nueva revolución europea, de la cual era imposible calcular su influencia futura en Europa.»

No se puede decir que los conservadores se equivocaran en sus profecías.

Lo que ellos creían ser un terremoto no era más que la sorda agitación de Europa, cuyo estallido es lo que vamos ahora á contar.



CAPITULO XXVIII

ORIENTE

Grecia: Administración de Kapodistrias.—Principios del proconsulado ruso.—Atención consagrada al trabajo y á la instrucción pública.—Organización comunal.—La Justicia—Congreso de Argos.—Presión gubernamental.—Primeras resistencias.—*Rusia:* Proceso de los sublevados en Diciembre de 1825.—Impresiones dejadas por la rebelión en el ánimo del emperador Nicolás y su influencia.—*Polonia:* El Proceso de Varsovia.—El gran duque Constantino.—Administración de Loubecki.—La exaltación.—Violaciones de la Constitución.—Nuevas tentaciones y nuevas conspiraciones.—*Austria-Hungría:* Mirada retrospectiva á su pasado durante los últimos tiempos.—Nuevas luchas contra el sistema que tendía á asimilar la Hungría á Austria.—La Dieta de 1825 á 1827.

UANDO Kapodistrias llegó á Grecia en Enero de 1828, el país estaba poco menos que perdido, por esto le saludó como una nueva fuerza, como una Providencia; lo que era esperar más de lo que él podía cumplir, pero Kapodistrias se propuso en los límites de lo posible ser lo que en él esperaban sus compatriotas, y lejos de desmayar delante del estado de cosas que se le presentó en Nauplia, procuró alentar é inspirar confianza á todos, esperando levantar el crédito y la fortuna del país. Esta confianza Gervinius la pone entre los grandes beneficios prestados á su patria por Kapodistrias.

Lo que contrariaba, desde luego, la acción del presidente, eran sus ningunos talentos prácticos burocráticos, cuando de todo había de crearse el más insignificante organismo; así le fué preciso poner la mano en todo y no siempre con acierto ni fortuna, siendo necesario hacer y deshacer muchas veces una misma cosa; y nosotros también creemos con Gervinius que lo que paralizó la acción de Kapodistrias no poco fué el cuidado que puso á su situa-

ción personal y el temor de crear instituciones y organismos que no respondieran á lo que el porvenir tenía preparado á Grecia.

Verdad es que al llegar Kapodistrias á Grecia, se iba á encontrar en frente de una gran contradicción; al partir había asegurado á las potencias que iba á implantar en Grecia instituciones que no fueran un peligro para ningún país, y lo primero que tuvo que hacer en Nauplia fué jurar las instituciones constitucionales que se habían dado ya los griegos. Por consiguiente ó Kapodistrias se volvía constitucional ó había de empezar por hacer traición á lo mismo que juraba.

Kapodistrias empezó, pues, para obtener de la Asamblea su propia disolución, para nombrar otra nueva, é ínterin creó un Consejo de Estado, llamado Panhellion, compuesto de veintisiete miembros, con el que debía gobernar; pero bien pronto una comisión de éste, la secretaría, compuesta de once miembros, absorbió por entero sus funciones de gobierno; esta comisión la presidía Spyridon Trikoupis.

Ver en todo esto un golpe de Estado, la intro-

ducción del sistema ruso ó austriaco de gobierno, decir que se conculcaban los derechos y libertades de los griegos, como dice Gervinius, nos parece muy aventurado. Primero, porque los órganos gubernamentales que se crearon eran indispensables; segundo, porque había declarado y jurado que en la Asamblea legislativa, y no en el Panhellion, residía la facultad legislativa; tercero, porque en Grecia misma nadie hizo caso de ese golpe de Estado, lo que indica que nadie lo osó; y cuarto, que para toda clase de protestas no estuvo Grecia en tiempo alguno mejor dispuesta, pues pasaba por el período más crítico de su levantamiento.



Cádiz

vió Rusia, evitaron la catástrofe, cuyas consecuencias hubieran sido funestísimas, pues se hubiera interrumpido de repente la marcha regular que se había tratado de introducir en Grecia.

Desde este momento Grecia vivió de los subsidios extranjeros, y esos subsidios los absorbió la guerra, pues Kapodistrias quiso tener siempre armados un cuerpo de diez mil hombres y quince buques de guerra. De esto se le hizo y se le hace un cargo, diciendo que hizo un gasto inútil, dado que cuanto cobrase Grecia en extensión territorial se lo había de dejar al extranjero; pero nosotros estamos bien convencidos de que la Grecia hubiera sido sacrificada si en tiempo no recobra á Anatolico y á Missolonghi.

Si hizo bien ó mal Kapodistrias después de la guerra en querer conservar esa base militar que absorbía casi por entero los recursos del país, es cosa que se ha de juzgar por lo que hemos dicho. Cuando tan dispuesta estaba Inglaterra á destruir el tratado de Andrinópolis, cuando tan visible era el descontento de Inglaterra y Austria por el resultado final de la

Kapodistrias, que empezó por renunciar á todo sueldo ó emolumento, fué el primero en traer sus fondos al Banco Nacional, que creó á poco de tomar posesión de la presidencia, siendo su ejemplo seguido sólo por los filohelenos. Los griegos sólo llevaron á él, por lo general, sus créditos, porque comprendiendo que aquella institución no era más que una sucursal del Tesoro, temieron por sus intereses. Sin la declaración de guerra entre Rusia y Turquía, ese Banco se hubiera tenido que declarar en quiebra, por haber absorbido sus fondos la defensa, la guerra y el gobierno; pero el medio millón de francos que envió Francia y el millón y medio de rublos que en-

insurrección griega; Kapodistrias, que de todo estuvo ó pudo estar bien enterado, debía no pensar en la creación de una gendarmería, sino de un verdadero ejército, dispuesto para todas las eventualidades de este oscuro porvenir que para Grecia presagiaba el descontento de dichas potencias.

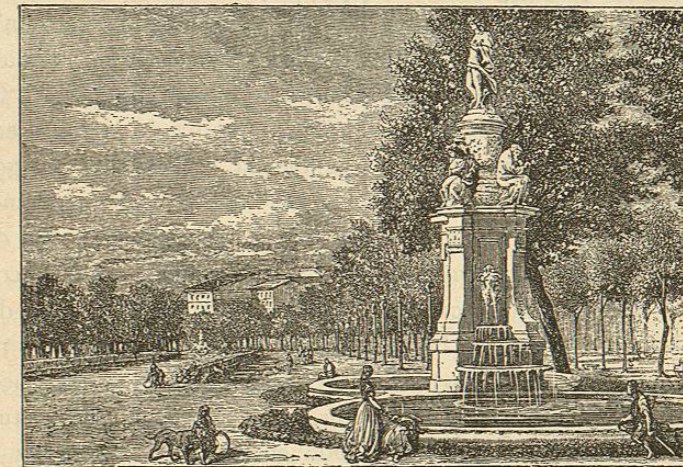
Decir, como dice Gervinius, que Kapodistrias se puso por debajo de Kolokotronis al declarar que su sueño dorado sería la creación de un Instituto nacional, destinado á rejuvenecer la sangre helénica, y á impedir que la juventud griega tuviera que pasar al extranjero á recibir su instrucción, y hacer de esto una prueba del odio ruso por el extranjero, de que se sentía animado Kapodistrias, y esto unirlo á la oposición que hizo á los filántropos americanos, que querían en Grecia una granja para los pobres, y á los holandeses, que querían crear un Banco Hipotecario, que en poco tiempo se hubiera hecho dueño de todo el país, es juzgar los hechos con criterio muy apasionado; porque, al resucitar Grecia, nada más natural que se quisiera resucitar su antiguo espíritu, su civilización propia, su cultura tradicional, y nada

de esto se podía confiar á nuestros extranjeros. Para los demás proyectos, es evidente que Grecia no había de ser campo para sus especulaciones.

Censurar á Kapodistrias porque no empezó por repartir los bienes de la Corona entre los pobres, convirtiendo á los klephtas en colonos, es negarse á la evidencia del estado político de Grecia de aquellos días, cuando tan incierto era su porvenir, cuando nadie sabía cuál sería la extensión territorial de Grecia, cuando nadie había de querer contraer más compromisos ni responsabilidades de las que ya sobre sí tenía. Por último esta medida, en la que se pensó, como lo prueban las sesiones de la Asamblea

griega de 1829, si se dejó en suspenso fué porque en ella iba involucrada la restauración de Grecia, y, por consiguiente, esa medida, que se debía pensar con calma y resolverse con método, que al fin y al cabo, cualquiera que fuese la extensión territorial que se diera á Grecia, ésta había de ser muy limitada, lo que no sucedía en la América del Sud, pues allí el fondo territorial resultaba inagotable.

Queremos dar la razón á Gervinius cuando censura los decretos sobre instrucción pública y sobre las medidas adoptadas para que la enseñanza obedeciera á las corrientes absolutistas de Europa, no autorizándose de Platón más que la *Apología de Só-*



Madrid

crates, que al fin y al cabo Kapodistrias era hombre de su tiempo y no era ni más ni menos liberal que los liberales conservadores. Pero tampoco suscribiremos al cargo que le hace de no haber creado una iglesia griega independiente, ya que había podido sustraerla al Patriarca de Constantinopla, pues si aquello era posible para romper todo lazo con Turquía, lo último era muy aventurado, no porque se hubiese disgustado al soberano del Neva, sino porque no está probado que el clero griego hubiese querido crear esa nueva iglesia cristiana nacional. Ese momento aún no había llegado para Grecia, como aún no ha llegado para las demás naciones cristianas; cuando esto sea posible será cuando el Pontífice de Roma no sea la clave de la disciplina cristiana.

Respecto de la reforma municipal y provincial, Gervinius reconoció, que, «el fin principal que el presidente quiso alcanzar en su política interior, fué el poner fin á la influencia oligárquica de esos nobles burgueses que, á pesar de ese sistema tradicional de exacción usual, el pueblo se había acostumbrado á

considerar como á sus superiores; por ese medio quería Kapodistrias poner fin á la acción arbitraria y al poderío de los capitanes. Esfuerzo alguno no hubiera sido más legítimo que éste, si hubiese procedido Kapodistrias por las vías legales, y si hubiese respetado el fondo de las libertades populares

Gervinius prueba que Kapodistrias tenía horror por los klephtas y que era ingrato con ellos que habían hecho á Grecia. Esto es cierto; pero no es menos cierto también que si los klephtas habían hecho á Grecia, al llegar el presidente á Nauplia, la encontró deshecha por sus propias manos ¿es que no fueron los klephtas los autores de las guerras civiles?

Kapodistrias, en vista de la anarquía, apretó la mano, pero no se puede decir que las elecciones en Grecia pudieran ser menos verdad presidiéndolas un delegado del gobierno central, que un jefe klephta que llevaría al colegio electoral su fusil. Y que Kapodistrias sabía distinguir entre los klephtas, lo prueba el apoyo que encontró en Nikitos, Kanaris y Kolokotronis, á quienes se concederá que fueron